

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**EL BEATO FRAY LEOPOLDO
DE ALPANDEIRE**

S. MILLÁN – 2021

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Primeros años.

Deseo de ser fraile.

Capuchino.

Entrada.

Después del noviciado.

Amor a María.

Anécdotas.

Austeridad.

Algunos carismas.

a) Profecía.

b) Conocimiento sobrenatural.

c) Levitación.

d) Los ángeles.

e) Sanación de enfermos.

Blasfemias.

Limosnero.

Su muerte.

Milagros después de su muerte.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

El beato fray Leopoldo fue un hombre sencillo de poca cultura, pero de un corazón grande, que dejó huella a su paso por la vida. Y muchas personas que lo conocieron se enriquecieron espiritualmente al ver su ejemplo y su entrega total al servicio de Dios y de los demás. Era un hermano laico o hermano lego, como se decía; un religioso no sacerdote, sin estudios especiales, pero que se santificó, cumpliendo fielmente las obligaciones de su trabajo como cocinero, hortelano, sacristán y, sobre todo, de limosnero durante más de 50 años.

Todos los que lo conocían estaban de acuerdo en afirmar que era un santo, a pesar de no tener carismas espectaculares. Algunas veces lo vieron en levitación unos pocos, pero su especialidad era rezar por todos los que le pedían oraciones y rezar simplemente con ellos tres avemarías para que la Virgen intercediera ante Jesús para obtener la gracia deseada. Él llevaba una vida de sencillez, austeridad, obediencia y penitencia. Para él era normal comer todos los días sopas de ajo en la mediodía y en la noche; y todos los días al desayuno un poco de café con migas de pan. La presencia de Dios era en él permanente. Por eso, iba por la calle con la vista en el suelo y el corazón en el cielo. Siempre en oración continua, repitiendo jaculatorias o rezando avemarías por amor a la Virgen, a quien saludaba en las imágenes de distintas iglesias que visitaba y saludaba por la calle, cuando veía alguna imagen en algún lugar destacado.

En una palabra, fue un santo sin llamar demasiado la atención y sin hacer cosas espectaculares, pero su vida de piedad y de sacrificio hizo que Dios le concediera el don de sanar a los enfermos y tener otros carismas como el de profecía y la fortaleza ante los sufrimientos de distintas enfermedades que le aquejaron y que soportó con paciencia y amor a Dios y a los demás. Como dijo en alguna oportunidad: *Para ser santo hay que tragar mucha saliva*. Es decir, hay que aguantar mucho por amor de Dios, pero vale la pena, porque Dios nunca se deja ganar en generosidad y nos da el ciento por uno.

PRIMEROS AÑOS

El hermano Leopoldo nació en Alpendeire, provincia de Málaga, el 24 de junio de 1864. En el bautismo le pusieron el nombre de Francisco Tomás de San Juan Bautista Márquez Sánchez. Normalmente le llamaban en el pueblo, durante su infancia Frasquito (diminutivo de Francisco). El nombre de Leopoldo se lo pusieron los Superiores el día de su profesión religiosa. Sus padres fueron Diego Márquez y Jerónima Sánchez. Tuvo dos hermanos: María Teresa y Juan Miguel (muerto en la guerra de Cuba).

En la escuela del pueblo no sobresalía intelectualmente, pero sí destacaba por su bondad y nobleza, aunque eso no quiere decir que fuera tonto, ni mucho menos. Desde pequeño ayudó a sus padres en las tareas del campo guardando el pequeño rebaño de cabras y ovejas y trabajando en la poca tierra de la familia. En más de una ocasión cuando salía al campo a pastorear el rebaño le dio la comida o la compartía con el primer mendigo que encontraba. Procuraba ir a misa todos los días para comulgar y rezar el rosario. Al regresar por la tarde, se acercaba a la iglesia para hacer una visita al Santísimo.

Cuando estaba en el campo y oía las campanas de la iglesia en el momento de la elevación de la misa, se ponía de rodillas. El hermano religioso Pastor de Cañas declaró que fray Leopoldo le había dicho que, cuando era niño, su madre le había enviado a comprar aceite con dos reales. Por el camino vio un monaguillo que iba pidiendo por las ánimas benditas y le echó los dos reales que llevaba. Al llegar a la tienda, no tenía con qué pagar el aceite y se regresó con la alcuza vacía. Su madre le preguntó sobre el dinero y le metió la mano al bolsillo y ahí tenía dos reales. Muchos creen que fue un milagro. Él, para disimular seguramente, decía que su madre le pondría ese dinero en el bolsillo de nuevo ¹.

Durante su juventud estuvo trabajando en la campiña de Jerez de la Frontera (Cádiz). Allí un día le dio sus alpargatas a un pobre y él iba descalzo. Hizo el servicio militar en Málaga en el regimiento Pavía y estuvo hospitalizado en el hospital militar de Málaga por habersele infectado un dedo, que se le curó sin necesidad de amputárselo como alguno le había ya indicado.

¹ *Beatificationis et canonizationis servi Dei Leopoldi ab Alpendeire*, super dubio, Granada, 1988, p. 428.

DESEO DE SER FRAILE

En una temporada que su familia estaba en Ronda tuvo lugar la beatificación de fray Diego José de Cádiz. Era el 22 de abril de 1894. Para celebrar la beatificación, hubo predicadores capuchinos de prestigio como el padre Ambrosio de Valencina, que era provincial de los capuchinos de Andalucía. Los actos tuvieron la presencia del cardenal Sanz y Forés, arzobispo de Sevilla, con el obispo de Málaga y otros obispos y arzobispos. Poco tiempo después volvieron a predicar a Ronda otros capuchinos, entre ellos el padre Cándido de Monreal, y a sus prédicas asistió nuestro Francisco Tomás. Él quedó prendado del fervor y austeridad de los capuchinos y decía que el beato Diego lo había admitido en la Orden, pues le había pedido ayuda para ingresar en la Orden.

Se sentía corto para hablar con los sacerdotes y le pidió al párroco con el que tenía mucha confianza, que le facilitara una conversación con ellos para pedir el ingreso en la Orden. Le dijeron que dada su edad y sus pocos estudios, solo le podían aceptar como hermano lego o hermano laico. Él aceptó sin problema. Los religiosos le prometieron que hablarían con el padre provincial para que le enviara el cuestionario con el que había de solicitar oficialmente su ingreso. Pero el cuestionario prometido nunca llegó, porque el provincial lo perdió o le dio largas. El seguía esperando. Pero llegó a pensar que el Señor no lo quería de religioso y se echó novia. Se llamaba Antonia Medinilla, una chica honesta, buena y trabajadora

Después de cuatro años desde la primera entrevista, volvió a predicar en el pueblo el padre Cándido de Monreal y de nuevo le pidió el ingreso en la Orden. De nuevo le prometió tratar el asunto con el provincial. Pasaron varios meses sin ninguna novedad y le pidió ayuda al padre Rafael, un sacerdote de Ronda, lejano pariente suyo y amigo de la familia. Don Rafael le escribió al padre Ambrosio, que era el provincial, y esta tercera vez hubo una respuesta favorable. Y él le dijo a la novia: *Para mí es una gran alegría, no sé para ti. He tenido una visión del Señor que me llama.* Ella le respondió: *Si eso es así, bendito sea Dios.*

La gente del pueblo vio el asunto como la cosa más natural del mundo, algo que por esperado no causó demasiadas sorpresas. El que más lo sintió fue su padre, que se quedaba sin un ayudante más para el trabajo y también su madre, que veía alejarse a un hijo a quien tanto quería. Y por supuesto lo lloró Antonia Medinilla, quien años después se casaría con un joven de apellido Lobo, que le dio varios hijos.

CAPUCHINO

Los capuchinos son una reforma dentro de la Orden franciscana, que surgió de la rama de los observantes, distinta de la de los conventuales. Ludovico de Fossombrone y su hermano Rafael, le pidieron al Papa poder llevar la barba y el hábito que vestían, poder habitar en lugares solitarios bajo la protección de los franciscanos conventuales, cuyo ministro podía visitarlos una vez al año, poder elegir su custodio o Superior y poder recibir a cualquiera, tanto clérigos como religiosos en el seno de la nueva Orden. Esta última cláusula no fue aceptada y en cambio se aceptó que pudieran gozar de los privilegios de los camaldulenses y poder recibir hermanos de cualquier Orden. A los dos años de la concesión de la bula por el Papa en 1531 ya había nueve eremitorios para acoger a cuantos pidieran vivir la reforma. En su casi totalidad, provenían de las filas de los franciscanos observantes. Al principio se les llama a los nuevos reformados *hermanos menores de la vida eremítica*, pero después se les llama *capuchinos* o *hermanos del capucho*, que los distinguía de los observantes y de los conventuales; y más tarde se llamaron *hermanos capuchinos*.

Los puntos más sobresalientes de la reforma capuchina era vivir la pobreza, la austeridad, la oración, el silencio y la soledad. Entre las pocas lecturas que disponían eran al principio, el libro *El capuchino retirado*, el *Kempis* y *Ejercicios de perfección y virtudes cristianas* del santo jesuita Alonso Rodríguez.

ENTRADA

Cuando entró Francisco Tomas, tenía ya 35 años. Ingresó en el convento de Sevilla y, como todos sus conocimientos eran relativos al cultivo de la tierra, fue nombrado ayudante del hermano hortelano. Después tenía que atender a sus obligaciones como religioso. Asistir a Maitines a media noche, laudes y santa misa, comidas, recreo, mortificaciones y ayunos establecidos. En esos tiempos, la vida capuchina era muy austera y había pocas comodidades como las hay en la actualidad.

Comenzó el noviciado el 16 de noviembre de 1899 en la capilla que había sido celda del beato Diego José de Cádiz. Su maestro de novicios fue el Padre Diego de Valencina, orador de fama. Entre los capuchinos, hermanos laicos y santos están san Félix de Cantalicio, san Bernardo de Cordeón, San Félix de Nicosia, Beato Bernardo de Ofida, beato Nicolás de Gésturi...

DESPUÉS DEL NOVICIADO

Francisco Tomás, terminado el año de noviciado en Sevilla, con 36 años, hizo su profesión temporal de votos. Algún tiempo después fue enviado a Antequera de hortelano. Estando al cargo de la huerta tomó el trabajo con tanta seriedad que, cuando los demás religiosos se acostaban, él se quedaba en el huerto regando los pepinos, tomates o pimientos. La alberca era pequeña y solo recogía agua para regar una cuarta parte de la huerta. Por la noche venía más agua y había que aprovecharla. Las primeras noches nadie lo notó, porque cuando tocaban a Maitines a media noche, él dejaba de regar y se iba al coro. Los religiosos comentaban que la huerta ahora estaba mejor regada y lucía todo mejor y daba mejores frutos. Pero cierta noche un religioso, que no podía dormir, oyó ruido en la huerta y pensó que había ladrones robando y se puso a gritar: *Ladrones, ladrones*. Todos se levantaron y encontraron a fray Leopoldo regando. El padre Guardián (Superior) le dijo a Leopoldo que eso de quedarse a regar debía avisarse.

De Antequera fue destinado al convento de Granada en 1903. El 23 de noviembre de ese año emite sus votos solemnes o perpetuos en manos del padre Francisco de Mendieta, Superior de la casa. Era su consagración definitiva a Dios. Es preciso anotar que desde la exclaustración de Mendizábal en 1835, el convento de Granada había sido convertido en casa de vecinos. Cuando volvieron los capuchinos a Granada en 1896, tuvieron que buscar un lugar adecuado. Felizmente un vecino llamado Rafael, que era algo sordo, pudo conseguir que los vecinos se fueran y los capuchinos pudieran tomar posesión de su antiguo convento.

En ese tiempo algunos vecinos decían que habían visto dos veces el tejado de la antigua iglesia cubierto por ciertas aves nunca vistas. Con esta persuasión, aumentó más la devoción hacia los capuchinos, juzgando la venida de esas aves desconocidas como presagio de bonanza. En agosto de 1897 comenzaron las obras de restauración del convento y la iglesia, ya restaurada, se abrió al culto el 21 de mayo de 1898 con un solemne triduo.

El 12 de mayo de 1931, durante la Segunda República, el convento fue saqueado, destrozado e incendiado en algunas dependencias, incendios que apagó la fuerza pública. Los religiosos tuvieron que hospedarse en casas de bienhechores, pero volvieron al día siguiente, aunque fray Leopoldo no había salido, ya que se había quedado para cuidar a un hermano enfermo. En 1913 lo trasladaron al convento de Sevilla, donde le encomendaron la portería, pero el 21 de febrero de 1914 lo regresaron de nuevo a Granada, porque lo extrañaban por sus buenos trabajos.

En los primeros años fue cocinero y ayudante de cocina, pero muy pronto le dieron el oficio de limosnero, cargo que ocupó casi por 50 años. Al pedir en las casas, lo primero que decía era: *Ave María purísima* y después: *¿Cómo está usted y su familia?*

AMOR A MARÍA

Fray Leopoldo amaba mucho a la Virgen María y por eso se agregó a su nombre el de María. Se llamaba desde su profesión fray Leopoldo María de Alpandere. Cuando visitaba las casas, siempre saluda con el *Ave María purísima*. Para solucionar cualquier cosa, siempre acudía al rezo de las tres avemarías. El rezo del *Angelus* no lo omitía nunca e invitaba a los presentes a rezarlo con él, lo mismo que las tres avemarías. Decía que el nombre de María era el más dulce de todos los nombres. Por lo cual no quería que lo adulteraran, llamando a las Marías con otros nombres más a la moda.

Mucha gente conocedora del don de sanar enfermos, acudía con sus enfermos a la portería del convento para rezar con él las tres avemarías. A veces, le llamaban por teléfono de lugares lejanos de España e incluso del extranjero y él rezaba con ellos las tres avemarías. Y al *Angelus* las rezaba donde se encontrara: en la calle, en una tienda o en una casa e invitaba a los presentes a rezarlas con él.

Cuando la imagen peregrina de la Virgen de Fátima llegó a Granada, había muchísima gente congregada para saludarla. Muchos rezaban y cantaban en su honor. Y sucedió algo inesperado. Una paloma de las que acompañaban a la Virgen, levantó vuelo y, revoloteando sobre la multitud, se fue a posar sobre la cabeza de nuestro Leopoldo. Este la tomó con cariño y, después de acariciarla, la lanzó al aire, después de darle un beso que ella fue a depositar a los pies de la Virgen ².

El siervo de Dios no comenzaba ningún trabajo sin antes haber invocado a la Virgen y haberle rezado al menos un avemaría. Y cuando le decían que se habían curado, les decía que eso se lo debían a la intercesión de la Virgen María, a quien habían rezado las tres avemarías.

² Fray Ángel de León, *Mendigo por Dios*, 1986, pp. 185-186.

ANÉCDOTAS

Fray Leopoldo era el encargado de despertar a la comunidad. Un día algo pasó con su reloj, que dejó de funcionar y el Superior le dijo que buscara otro y que no viniera a pedirle uno. Él se dirigió a los jesuitas de la Cartuja, pues pensó que, como tenían muchos religiosos, podían tener algún reloj que no les sirviera. El Rector, ante su requerimiento, le entregó un reloj de mesa, de lujo. A él le pareció mucho reloj para su comunidad, pero ante la insistencia del Rector se lo llevó. El Superior suyo se lamentó de que hubiera ido a pedir a los jesuitas del colegio de la Compañía y manifestó que era un reloj de mucho lujo. El hermano Leopoldo fue a devolverlo al Rector, pero el Rector no aceptó la devolución y el Superior tuvo que aceptar el regalo ³. El reloj sirvió durante muchos años hasta que en el año 1931 asaltaron el convento las turbas izquierdistas de la Segunda República y desapareció. Lo robaron o lo destruyeron ⁴.

Durante la República un día apedrearon el monumento a la Inmaculada que estaba en la plaza del Triunfo, rompiéndole un angelito. Fray Leopoldo fue al Ayuntamiento y habló con el alcalde, que era republicano, pidiendo que castigara esa impiedad y se volviera a poner el ángel restaurado en su sitio ⁵.

La señora María Martínez declaró: Un día vino a mi casa un hombre joven buscando a mi esposo, que le atendía con las conferencias de San Vicente de Paul, y dijo: ¡Si ustedes supieran quién soy yo de malo y con ideas perversas! Cuando la quema de conventos, yo entré delante de otros en la iglesia de los capuchinos. Cuando fui a prender fuego al altar de San Francisco, al mirarle, me detuve como sacudido por una fuerza muy grande. Recordé a aquel fraile que yo había visto por las calles y lejos de encender el fuego, me eché a llorar y salí corriendo sin mirar en la furia de los que me acompañaban. Desde entonces mis creencias y mi fe se han hecho sanas y hermosas ⁶.

En una ocasión, una señora empezó a contarle a fray Leopoldo sus problemas y cómo su esposo estaba enfermo y empeoraba cada día. Él la consoló y al despedirse le recomendó que le diera a su esposo la receta de su madre. Le manifestó que ella siempre decía: *Si están enfermos y sin ganas de comer, tomen caldo de gallina, que resucita hasta a los muertos*. Leopoldo le recomendó darle a su esposo una taza de caldo de gallina. Y no pregunten qué pasó, porque el esposo se recuperó y fray Leopoldo decía que la gente desconocía las excelencias de un buen caldo de gallina ⁷.

³ Ibídem.

⁴ *Beatificationis et canonizationis*, p. 35.

⁵ Ib. p. 527.

⁶ Ib. p. 547.

⁷ Mendigo por Dios, p. 160.

Al cumplir sus 50 años de religioso, le hicieron una gran fiesta con misa solemne y sacaron su biografía en los periódicos. Eso no le gustó y decía: *¡Qué jaqueca, nos hacemos religiosos para servir a Dios en la oscuridad y nos sacan hasta en los papeles!*

Como era muy trabajador, a veces le decían que descansara y él decía: *Ya habrá tiempo de descansar. Para ganar el cielo hay que tragar mucha saliva.* Sus santos preferidos además de la Virgen María eran: San José, San Francisco, el beato José de Cádiz, san Félix de Cantalicio y san Juan Bautista.

A san Félix de Cantalicio, que había sido hermano lego, religioso no sacerdote, y también limosnero, lo invocaba con frecuencia. Por lo demás desde el principio se distinguió por su fervor y austeridad.

AUSTERIDAD

Apenas comía una sopa de ajo en el mediodía y en la noche y poco más. Dormía en el suelo de su celda, en la que solo tenía el Kempis, el catecismo y la Regla. Su cama era de banquitos con tres tablas, un jergón de paja, una silla y algunas estampitas en la pared, especialmente una de la Virgen de barro cocido. Solo tuvo en su vida un hábito nuevo, los demás eran de los que otros retiraban y estaban remendados o viejos y no los querían.

Doña María de Aguilar nos dice: Un día ella con una amiga fuimos a ver la casa donde estaba unos días alojado fray Leopoldo cuando llegó al pueblo. Era la casa de doña Patrocinio Márquez, que era familia del siervo de Dios. Y vimos un poco de paja en el suelo y una piedra que hacía de almohada. Pero eso no era cama ni algo parecido ⁸.

Una vez estaba enfermo en cama y se puso a llorar. Al preguntarle por qué lloraba, dijo: *Porque me han recetado unas medicinas muy caras y eso es un perjuicio para la comunidad.* Hubiera preferido no comprarlas, pero en esto como en todo, siempre obedecía a los Superiores. Y si le preguntaban cómo estaba, siempre respondía: *Estoy como Dios quiere. Esto es un regalito del Señor.*

A veces, llegaba cansado a casa, sobre todo cuando ya tenía más de 60 años y prefería ir a pie en vez de tomar el tranvía. Tenía dos hernias voluminosas

⁸ Beatificationis et canonizationis, super dubio, p. 445.

y hemorroides y prolapso del recto y todo lo ocultaba para ofrecer al Señor sus dolores.

El médico Alberto Capilla declaró que Leopoldo tenía insuficiencia circulatoria en ambas piernas y por ello se le enfriaban mucho y le hacían sufrir. Alguna vez, al reconocerlo, le vio las piernas moradas por el frío. Se lo dijo al Superior y le mandó que llevara medias. Tuvo que obedecer.

Tenía un amor especial por los *enfermos*. Por eso cuando había algún enfermo en la comunidad lo visitaba mañana y tarde y le daba todos los cuidados necesarios y limpiaba su cuarto y hacía cualquier menester para que estuviera bien tratado. En un tiempo estuvo enfermo el hermano Leandro de Écija con peritonitis. Estaba internado en el hospital de San Juan de Dios. El enfermo pedía la comunión, pero no se la daban por sus continuos vómitos. Leopoldo le dijo al capellán: *Don Jesús, dele la comunión. Si la arroja, aquí estoy yo para tomar lo que arroje*. Estaba dispuesto a tomar sus vómitos, que podían ir con la hostia consagrada.

Tenía mucho amor a Jesús Eucaristía y se pasaba horas, sobre todo en la noche, ante el sagrario. También tenía mucha devoción a la Pasión del Señor.

ALGUNOS CARISMAS

a) PROFECÍA

Fray Leopoldo tenía el don de profecía. Cuando le preguntaban por la salud de una persona, respondía de dos maneras. Si respondía: *Tengan ustedes mucha confianza en el Señor, el Señor querrá que se ponga bueno, el enfermo se curaba*; pero si respondía: *Hay que tener paciencia, hay que conformarse con la voluntad de Dios, el enfermo se moría*.

Don Emilio Velasco y su esposa Isabel Abril tenían parientes en Madrid. Y, cuando comenzaron los primeros desórdenes antes de la guerra civil, pensaron reunirse con sus familiares en Almería e irse todos a Madrid con los familiares que tenían allí. Se lo dijeron a fray Leopoldo y él pidió permiso al Superior para ir a su casa a las 10.30 p.m. y les dijo claramente: *NO vayan a Madrid que aquí no les pasará nada*. Se quedaron en Granada y no les pasó nada. En cambio todos los varones de la familia de Almería y de Madrid fueron asesinados ⁹.

⁹ Ib. p. 71.

Una señora estaba preocupada, porque tenía un hermano en América y no daba señales de vida desde hacía mucho tiempo y ni contestaba a ninguna de sus cartas. Habló con el hermano Leopoldo y este la tranquilizó, diciéndole que pronto vería a su hermano. Y así fue, pues su hermano le escribió anunciando su próxima visita ¹⁰.

Un señor estaba oyendo misa en la iglesia de los capuchinos un día de precepto y estaba para irse para no perder el tren. De pronto se levanta el siervo de Dios, que estaba orando en la iglesia, y le dijo que terminara de oír la misa, porque no perdería el tren. Y así sucedió. Lo interesante es que fray Leopoldo no podía saber que estaba por viajar en tren ¹¹.

En una ocasión vio fray Leopoldo a un niño ya mayorcito, que estaba tocando los objetos sagrados de la sacristía, y le dijo: *Un día tú podrás usar todas estas cosas*. El niño se hizo sacerdote capuchino. Es el padre Diego de Benalúa ¹².

Durante la guerra civil, el padre Benito de Íllora tenía un sobrino del que no sabían nada y le pidió a fray Leopoldo que rezara por él. En ese momento se puso a rezar con él tres avemarías y, al terminar; le dijo: *No se preocupe, en pocos días tendrá noticias*. Y a los pocos días el padre Benito recibió información de que estaba bien su sobrino ¹³.

Emilio González declaró que tenía un hijo con su mismo nombre, que era alumno de los escolapios en el primero de bachillerato y cayó enfermo. Al principio pensaron que solo era un catarro normal y corriente, pero la fiebre no se iba. Vino el hermano Leopoldo a la farmacia y preguntó por mí. Al decirle que estaba constipado en cama subió a visitarme. Le di la limosna y me pidió que quería ver a mi hijo. Entró en su habitación, le dio su cordón a besar y mi hijo le dijo: *Estoy mal y en vísperas de exámenes*. Leopoldo le respondió: *No te preocupes, cuando yo vaya al convento, pediré por ti a la Santísima Virgen y a nuestro padre san Francisco y verás cómo te pones mejorcito y no pierdes los exámenes*. Yo le dije a mi esposa lo que había ocurrido y le dije: *Te apuesto a que fray Leopoldo se lleva las fiebres del niño en las alforjas*. Mi esposa respondió: *Puede ser*. Le mandé que tomara la fiebre del niño y tenía 37. Al poco rato le pedí que la volviera a tomar y ya tenía 36.5; y quedó totalmente sano en adelante ¹⁴.

¹⁰ *Beatificationis*, p. 121.

¹¹ *Ib.* p. 467.

¹² *Ib.* p. 96.

¹³ *Ib.* p. 63.

¹⁴ *Ib.* pp. 69-70.

b) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

En una ocasión un señor tuvo un grave disgusto con su esposa y muy enojado se marchó a la calle y se fue de juerga. A las tres o cuatro de la mañana sintió remordimiento y quiso confesarse. Pasó por la puerta del convento de los capuchinos y en ese momento le abrió la puerta el hermano Leopoldo y le dijo: *Pase usted que hay un sacerdote que lo espera para confesarse.* Y se confesó, encontrando la paz que necesitaba ¹⁵.

Una señora recién casada había perdido a su primer hijo a los 4 meses de embarazo. Había quedado de nuevo embarazada y tenía ya dos meses, pero estaba preocupada por si también abortaba a este segundo hijo. Vio al hermano Leopoldo por la calle y le pidió que rezara tres avemarías para que le fuera bien en la vida sin decir nada en concreto. Pero el hermano le dijo claramente. Vamos a rezar las tres avemarías para que lo que usted espera llegué a feliz término. Ella se quedó impresionada por estas sencillas e inesperadas palabras. Y ciertamente todo llegó a feliz término y dio a luz una hermosa criatura que a sus 18 años se consagró a Dios en una Congregación religiosa ¹⁶.

c) LEVITACIÓN

Los tres últimos años los pasó sin ejercer el oficio de limosnero a raíz de la caída y ruptura de fémur. Lo internaron en el sanatorio Nuestra Señora de la Salud y una de las asistentes me dijo que, al entrar en su habitación, se impresionó al verlo levantado del suelo. Se le cayó la bandeja al suelo de la impresión. Llamó a sus compañeros, pero ya todo estaba normal. Lo cierto es que varias personas dignas de fe aseguraron haberlo visto elevado del suelo en la iglesia de Santa María Magdalena de Granada.

d) LOS ÁNGELES

Tenía mucha devoción a su ángel custodio, quien le ayudó en varios momentos difíciles. Uno de los días de carnavales, en plena Gran Vía, ciertos

¹⁵ Ib. p. 138.

¹⁶ Mendigo por Dios, p. 121.

enmascarados la emprendieron contra fray Leopoldo y le golpearon sin compasión. No veía él la forma de salir de aquellos *valientes* gamberros y de pronto, apareció un militar fornido que, sable en mano, dispersó a los revoltosos. Apenas repuesto Leopoldo de los golpes, buscó a su defensor para agradecerle la ayuda y no lo pudo encontrar, a pesar de que era corpulento. Al llegar al convento, refirió a fray Salvador lo que le había sucedido y este hermano, que era muy espiritual, le dijo sin dudar: Aquel militar no era otro que tu ángel custodio¹⁷.

El hermano portero solía cerrar la puerta exterior del convento al mediodía. Un día oyeron tocar la campanilla de la puerta interior. Fueron a ver y encontraron a un joven de unos 25 años, que pidió al hermano un poco de comida por amor de Dios. Cuando el joven se la comió, fray Leopoldo pensó: Seguramente el hermano portero se dejó abierta la puerta exterior. Y fue a cerrarla, pero el portón estaba cerrado y trancado por dentro con su gruesa barra de hierro. La tapia era alta y difícil, por no decir imposible, de saltar. Y además el joven, apenas había podido llegar al portón y ya había desaparecido. ¿Quién era ese misterioso joven? Y fray Leopoldo insinuaba: *¿No podría suceder que el Señor enviara a alguno de sus ángeles a nuestros conventos para probar la caridad de los frailes?*¹⁸.

e) SANACIÓN DE ENFERMOS

Juan Martín López declaró: *Un día salía yo del convento de los capuchinos de Granada y encontré una señora que me dijo que venía a agradecer al hermano Leopoldo. Un día le había pedido ir a su casa, porque tenía una sobrina muy enferma de 15 años y no crecía. El hermano le puso el cordón franciscano sobre la cama y rezaron todos juntos tres avemarías. Y muy pronto la niña quedó totalmente sana*¹⁹.

Igualmente afirma Juan Martín López que su hermano José padecía por las noches muchos dolores debido al reuma. Se lo dijimos al hermano Leopoldo y después de rezar tres avemarías, me dio una estampita con la bendición de San Francisco para que se la enviara a mi hermano, que se sanó totalmente. Otro día vino a pedirle una señora que rezara por una pobre mujer, madre de varios niños, y él le preguntó a la que le pedía oraciones: *¿Y usted no tiene nada que pedir?* Ella manifestó que tenía problemas de visión y no podía leer el periódico.

¹⁷ Fray ángel de León, *Mendigo por Dios*, Vicepostulación de fray Leopoldo, Granada, 1986, p. 61.

¹⁸ *Mendigo por Dios*, p. 178.

¹⁹ *Beatificationis et canonizationis*, p. 85.

Rezaron juntos tres avemarías y, al volver a su casa, la mujer podía leer tranquilamente el periódico.

El sacerdote diocesano José López atestigua: *En las vacaciones de 1947 me aparecieron en el cuello unos ganglios inflamados y, alarmado por este motivo, acudí a la intercesión del siervo de Dios. Lo encontré en la sacristía de la iglesia de los capuchinos, donde hacía de sacristán. Me dio unas palabras de ánimo y con su saliva me hizo una cruz en el cuello. Me desaparecieron los ganglios y al comenzar el curso, volví a ingresar en el Seminario* ²⁰.

Una vez fue al sanatorio de la Purísima a pedir limosna al propietario y la portera le dijo que estaban preparando a un joven para operarlo y cortarle la pierna. Fray Leopoldo fue a visitarlo y animarlo. Rezó con el tres avemarías y se fue, pero el joven sintió como un crujido en la pierna y se levantó y se marchó del sanatorio ya curado sin que le operaran ²¹.

Fray Leopoldo bajaba un día por la calle de Panaderos del Albayzin y vio un niño sentado en un escalón que estaba llorando, porque le dolía mucho la pierna. Él se le acercó, se sentó a su lado, lo consoló y, al irse, el niño se sintió sin dolores y se echó a correr. Algunas personas que lo vieron, decían que fray Leopoldo era un santo ²².

Un día una señora le habló a fray Leopoldo de que tenía muchos dolores, porque se había roto un brazo y el médico le manifestó que el hueso se había unido mal. Y le pidió al hermano que rezara por ella para poder trabajar para ganar el pan de sus hijos. Él le dijo: *Tenga un poco de paciencia. Esto es falta de costumbre y vera cómo dentro de pocos días no le duele*. Cuando ella marchó a su casa, se le calmó el dolor de repente y nunca más le volvió a doler y pudo trabajar sin problema ²³.

Un hombre se cayó de su caballería y se destrozó el cráneo. Sus familiares esperaban la muerte por instantes. Los síntomas no podían ser más evidentes. El médico lo había dicho sin paliativos: “Vivirá muy pocas horas”.

Alguien llevo allí a fray Leopoldo. Después del acostumbrado rezo de sus tres avemarías, habló a los familiares: “Esto es un golpe, de poca importancia. Verán cómo se pone bien”.

²⁰ Ib. p. 460.

²¹ Ib. p. 128.

²² *Beatificationis et canonizationis*, p. 124.

²³ Mendigo por Dios, p. 122.

Al ausentarse el Hermano, los comentarios de los circunstantes siguieron tan negativos como antes: “Es imposible que viva. Esto lo ha dicho para consolarnos”. Como dos horas más tarde, el accidentado recobró el conocimiento. Incorporándose, increpó a los familiares: “¿Qué pasa? ¿Por qué no me dais de comer?”.

Ni aun viendo aquello se hicieron ilusiones sobre su recuperación. —Esta es la mejoría de la muerte —cuchicheaban—. No tardó en reaparecer el médico: —¿Que está vivo y hablando? ¡Si yo venía a firmar el acta de defunción! ¿Qué es lo que ha pasado? —Estuvo aquí fray Leopoldo. —¿Ha venido fray Leopoldo? Entonces no me digan más ²⁴.

Antonio Amate frecuentaba el convento y auxiliaba a fray Leopoldo en ayudar a misa y en otros menesteres de sacristía. A sus dieciocho años de edad, el 13 de febrero de 1948, cayó enfermo. El diagnóstico, tras detenidos análisis, se concretó en: “púrpura hemorrágica” o “peliosis reumática”. Los entendidos pueden valorar, sin más explicaciones, lo serio de tal enfermedad. A los profanos nos bastará saber que en el transcurso de la misma se fueron registrando particularidades alarmantes. La boca se le constituyó en frontera entre la vida y la muerte. Desde el labio superior hacia arriba conservaba el uso de sus facultades, pero a partir del labio inferior, hasta los pies incluidos, tenía todo el cuerpo paralizado, sin lograr movimiento alguno por pequeño que fuese, ni aun para llevarse la comida a la boca. Paralizado también el intestino, durante quince días no logró hacer evacuación alguna.

A las pocas semanas de enfermedad estaba esquelético y flácido como muñeco de marionetas. Se le deformaron y anquilosaron los miembros, particularmente las manos, en las cuales, como testigo fehaciente, muestra todavía una de las falanges notablemente deformada.

Le visitaban dos médicos, uno de ellos pariente cercano suyo, pero pronto fueron visitas de puro trámite. Ambos tenían tan perdidas las esperanzas de salvarlo, que ya no recetaban otra cosa sino un tónico cardiaco. En cuanto al régimen alimenticio, es fácil imaginarlo. Entre los muchos alimentos prohibidos, ninguno tanto como la grasa.

Anotamos arriba que Amate ayudaba a fray Leopoldo. Por esto, al caer enfermo, el siervo de Dios lo visitaba con preferencia.

²⁴ *Mendigo por Dios*, pp. 263-264.

A los tres meses de padecimientos, aproximadamente, ya con gravedad ascendente y extrema, le hizo una visita. Al terminarla, propuso: “Vamos a rezarle tres avemarías a la Virgen Santísima para que te ponga bueno”.

El enfermo y su madre las recitaron con él. Al término del rezo, se dirige a la mujer con esta singular recomendación: “Este niño lo que necesita es alimento”. Y aconsejó a aquella que le preparase cierto plato regional abundante en grasas.

Aquello significaba poco menos que un asesinato consciente, pero... lo dijo fray Leopoldo... ¡santa palabra! Al día siguiente de tal guiso, tomado con gusto y en abundancia por el enfermo, el médico familiar que iba todos los días, llama a la madre:

—He notado un cambio notable en tu hijo. ¿Qué le has dado?

—Pues la medicina que me mandó fray Leopoldo —Y le explicó lo sucedido.

El primer gesto de espanto hecho por el médico fue de los de antología. Luego, sacudiendo los hombros ante la evidencia, agregó:

—Bueno. Si lo ha dicho fray Leopoldo...

Desde aquella fecha se inició una mejoría que no pudo ser más ostensible. Antes de los dos meses era hombre útil.

Como cuatro años más tarde, Antonio se echó novia. Fray Leopoldo visitaba también la casa de los padres de ésta. Como era tan encantadoramente humano, ellos mismos le dieron la noticia.

—¿Sabe usted que la niña tiene novio? Y usted le conoce: Antonio Amate.

—¡Ah! Antonio —y concluyó con esta frase, que no podía esclarecer mejor el misterio de aquella curación de años atrás:

—Ese sí que le debe un favor muy grande a la Virgen! ²⁵.

Una vez a un estudiante capuchino de teología que se enfermó le aplicaron un purgante. El enfermero le aplicó la correspondiente dosis tomada de un frasco del botiquín. La botella era de las usadas para agua de Carabaña. Pero el contenido, según indicaba un letrero desdibujado, era alcohol alcanforado. El error se hizo pronto evidente. Al enfermo se le agudizaron los dolores, pérdida de conocimiento y convulsiones. El médico fue pesimista. El promotor del accidente

²⁵ *Mendigo por Dios*, pp. 158-159.

acudió a fray Leopoldo. Este dijo: *Veremos lo que Dios quiere*. Y por fin dice: *Confiemos en Dios, hay que confiar en el Señor. Vamos a encomendarlo a la Virgen Santísima*. Y el joven teólogo se sanó y fue a la iglesia a darle gracias a Dios y a la Virgen, pues no había duda de que se había salvado de la muerte ²⁶.

BLASFEMIAS

Lo que más le dolía era oír blasfemar y decía: *A mí me podéis injuriar pero no lo hagáis con Dios*. Y les llamaba la atención. Y decía en voz alta ante el blasfemador: *Alabado sea Jesucristo*. Un día pasó por una fábrica y los obreros comenzaron a gritar: *Que le afeiten, que le corten el pescuezo*. El respondió: *Mi cuello aquí lo tenéis, pero respetad el nombre de Dios*.

Un día oyó blasfemar a un lechero, porque se le había derramado un cántaro de leche. El hermano Leopoldo se acercó y le dijo que el nombre de Dios solo debía invocarse para alabarlo. El lechero se lamentaba, porque había perdido la ganancia del día y Leopoldo le dio el dinero perdido y todo quedó en paz.

Otro día un obrero de construcción, al ver al siervo de Dios comenzó a blasfemar. Él se acercó y le dijo: *Si quiere usted ofenderme, aquí estoy, pero a Dios no lo ofenda y le dio algunos consejos* ²⁷.

Otra vez había varios obreros que no podían mover una roca y, al verlo a Leopoldo pasar, empezaron a blasfemar. Él se acercó y les reprendió por sus blasfemias y lo que no habían podido hacer tres o cuatro hombres, con su ayuda lo hicieron con facilidad ²⁸.

Un día oyó blasfemar a un carretero porque se le había atascado el carro y las mulas no podían tirar de él. Se acercó Leopoldo y le dijo que no ofendiera a Dios. Animó a las bestias, las acarició, las calmó y el carro salió del atasco con facilidad ²⁹.

En otra ocasión oyó fray Leopoldo blasfemar a un soldado y se fue a informar a su jefe. El soldado, al creer que lo iban a castigar, fue a verlo y le pidió perdón. Él por su parte visitó a las autoridades para pedir que no le impusieran ningún castigo al soldado, que él solo quería que lo amonestaran solamente ³⁰.

²⁶ *Mendigo por Dios*, pp. 199-200.

²⁷ *Beatificationis et canonizationis*, pp. 109-110.

²⁸ *Ib.* p. 131.

²⁹ *Ib.* p. 84.

³⁰ *Ib.* p. 196.

LIMOSNERO

Cuando iba a salir a pedir limosna, pedía siempre la bendición al Superior y lo mismo al regresar. Mientras andaba por la ciudad, tenía costumbre de visitar la iglesia donde tenían a Jesús Eucaristía expuesto por las Cuarenta horas e incluso visitaba también otras iglesias.

En tiempo de invierno, como no llevaba calcetines, se le formaban grietas en los pies, que a veces sangraban. Él no quería llevar calcetines por más que el Superior se lo recomendó. Incluso en alguna ocasión se cosió con hilo corriente las grietas de los pies. Todos los sufrimientos del frío o del gran calor del verano, así como de las varias enfermedades dolorosas que tuvo a lo largo de la vida, lo ofrecía con amor a Jesús por la conversión de los pecadores.

Su horario diario era más o menos éste: siempre estaba el primero en el coro. Muchas veces pasaba la noche entera de rodillas ante el sagrario, al amanecer lo encontraban dormido junto al Señor. Otras veces, acabado el rezo de completas, se quedaba en el coro, se recogía tarde y, si dormía, lo hacía en el suelo de la celda. Se levantaba varias veces de noche a cuidar la lámpara del Santísimo, era siempre una excusa, un motivo para visitar al Señor. Antes de que se levantasen los demás religiosos, visitaba las habitaciones de los enfermos para limpiarlas; y luego el coro, la oración común, la sacristía, con preparación y asistencia a cuantas misas podía. Tras este trabajo, un breve desayuno. Seguía luego el recorrido por las habitaciones de los hermanos para ver si necesitaban alguna cosa de la calle (echar una carta, comprar algo...). Luego seguía el pedir autorización o “benedícite” al Superior, una breve visita al Santísimo y fray Leopoldo estaba listo para acometer su tarea diaria. Antes de salir, procuraba enterarse en qué iglesia estaba ese día el Jubileo de las Cuarenta Horas para tomar esa ruta y hacer su visita al Señor. En estas visitas había personas que declaraban haber visto en levitación a Fr. Leopoldo, tanto en la iglesia de las capuchinas de San Antón, como en la iglesia de la Magdalena.

Terminado su recorrido mañanero, regresaba al convento. Nunca pedir la limosna fue para él un obstáculo para no estar presente en todos los actos de la comunidad. Al volver, lo primero que hacía era la visita al sagrario y pedir “benedícite” al Superior. Si tenía tiempo, antes de la comida, pasaba por la cocina por si el hermano cocinero necesitaba una mano, o bien se ponía a barrer el patio mientras otros religiosos, en tiempos de verano, hablaban amigablemente bajo la sombra de un naranjo. Tras un frugal almuerzo, de nuevo pasaba por la sacristía para limpiar o preparar cosas para la iglesia o los altares. Después de la oración de la tarde, Fr. Leopoldo, “alforja al hombro”,

salía de nuevo a su quehacer de limosnero. Cuando regresaba, visita al Señor, saludo al Superior y a sus trabajos hasta la hora de la cena. Después volvía a la sacristía para preparar las misas del día siguiente. Luego, durante los tiempos de recreación, los Superiores, conocedores de su vida santa, le dejaban estar con los estudiantes o novicios ³¹.

Además de ser limosnero era sacristán, oficio que le encantaba por servir directamente al Señor. Por eso trataba de que todo estuviera bien limpio y a punto. En las procesiones solía ir él con el incensario y en las misas privadas y solemnes ayudaba con mucho fervor. No le gustaba estar ocioso. Si no había nada que hacer, se iba a la iglesia a estar con Jesús, pues toda su vida era un vivir con Jesús permanentemente.

En sus andanzas de limosnero recorrió las provincias de Granada y Almería y parte de las de Málaga y Jaén.

En una ocasión un hombre soberbio se le acercó a Leopoldo y le preguntó:

- *¿Quién es usted?*
- *Un hijo de san Francisco.*
- *No sabía que san Francisco tuviera hijos.*
- *Somos hijos de su espíritu.*
- *¿A qué se dedica usted?*
- *A hacer el bien.*
- *¿Y qué bien se puede hacer, si no hace más que pedir?*
- *Pido por amor de Dios.*
- *Pues para que vea que no tengo nada contra usted, le voy a dar un duro de plata. Pero no se lo doy por amor de Dios, sino porque me da la gana.*
- *Pues quédese con su dinero. Yo no recibo nada si no es por amor de Dios.*

De pronto aparece un buen hombre con su burro cargado de habas y guisantes verdes y le ofrece guisantes por amor de Dios. Y fray Leopoldo los recibió con mucho gusto, prometiendo sus oraciones por aquel buen hombre ³².

En tiempos de persecución, sobre todo durante la segunda República a partir de 1931, le dolían mucho las profanaciones y quema de iglesias. Incluso en esos tiempos difíciles, quería salir con su hábito dispuesto al martirio, pero el Superior le obligó a ir de paisano y sin barba. En una ocasión, en un pueblo empezaron a tirarle piedras. Él pensó que había llegado su último momento y se

³¹ Ramírez Alfonso, *Beato Leopoldo de Alpandeire*, Edipesa; Madrid, 2010

³² *Mendigo por Dios*, p. 108.

puso de rodillas con los brazos abiertos, pero un hombre se acercó y espantó a todos los jóvenes que le estaban tirando las piedras.

El padre Benito de Nora refiere que el siervo de Dios le manifestó que una vez pidió albergue durante su correría como limosnero en casa de un párroco. No estaba el cura y la criada le permitió quedarse en la casa, pero por miedo o desconfianza, cuando entró en el dormitorio, lo dejó encerrado toda la noche. Tuvo necesidad de orinar y no se atrevió a hacerlo por la ventana y espero a la mañana siguiente. Desde entonces quedó algo resentido de la orina toda su vida³³.

Cuando iba por la calle de limosnero, consiguiendo limosnas para la comunidad, si oía el toque del Angelus, se ponía a rezar las tres avemarías sin vergüenza. Si estaba en una tienda, decía a los presentes: *¿Quieren que recemos las tres avemarías?* Normalmente, la gente le decía: *Récelas, hermano*. Y todos respondían a la oración. En una ocasión observó que uno de los presentes no rezaba y le dijo al terminar: *Rece usted también que María también es su madre*.

Cuando veía a un pobrecito, le daba parte de las limosnas recogidas. Para ello tenía el permiso del Superior. Cuando veía que había algún pobre, pidiendo en una casa, él no se acercaba para no cargar demasiado a esa familia y no quitarle la limosna al menesteroso.

Un día vio a un trabajador que estaba descansando y tenía un bocadillo, que comía con gusto. Pasó el hermano Leopoldo con dos gitanillos que se habían unido, buscando comida, y él le dijo al trabajador: *¿Podías dar un poco de tu pan a estos dos niños por amor de Dios?* Y el trabajador partió su bocadillo en dos y les ofreció la mitad, que se comieron con gusto y alegría los dos niños.

Don Emilio González declaró que Leopoldo fue un día a su farmacia y pidió un poco de alcohol y un poco de algodón, pues decía que un clavo de la sandalia le había herido el pie. Le hicimos sentar en un escalón alto y uno de los muchachos de la farmacia le lavó el pie con alcohol. La sandalia estaba toda llena de polvo envuelto en sangre y, una vez lavado, el muchacho sacó un pedacito de cristal que estaba incrustado. Le vendamos la herida y siguió su camino tan tranquilo³⁴.

El mismo Emilio González recuerda que a Leopoldo le causaba mucha tristeza el mandato del Superior de quitarse el hábito y también la barba para salir a pedir limosna en tiempos en que incendiaban iglesias y apedreaban y mataban

³³ *Beatificationis et canonizationis servi Dei Leopoldi ab Alpandei, super dubio*, Granada, 1988, p. 17.

³⁴ *Ib.* p. 65.

sacerdotes. Él hubiera preferido dar testimonio de su fe con el martirio antes que quitarse el hábito y disimular su condición ³⁵.

Un día fue a pedir la limosna a una tienda y el propietario estaba de mal humor y lo insultó. El siervo de Dios estaba callado sin decir nada y se fue. Al día siguiente, regresó y le pidió al dueño rezar con él tres avemarías. El dueño aceptó, al ver la humildad de Leopoldo, y de esta manera se hicieron amigos y muchos días seguidos iba a la tienda a rezar con el dueño las tres avemarías ³⁶.

En cierta casa, fue a pedir varias veces y la criada le decía: *La señora no está*. Por fin un día le respondió: *La señora sí está, pero no mientas. Di que no puede salir o que está ocupada*. No le gustaban las mentiras. Para él la verdad debía ser la norma de toda persona.

En una ocasión iba por el campo en tiempo de sementera y unos campesinos estaban arando. Alguien le dijo: *Hermano, venga. Ayúdenos en el trabajo, hay que ganarse la vida en vez de pedirlo*. Él se acercó, dejó a un lado la capa y las alforjas y cogió el arado, arreó las bestias y estuvo arando un rato. Después les dijo: *Ya les he complacido*, y los exhortó a ser buenos cristianos. Se despidió, habiéndose hecho amigo de aquellos labradores. Ellos decían: *¿Cómo se ve que no es la primera vez que trabaja con el arado?*

En los tiempos de la postguerra, el aceite era un artículo inasequible. Él lo pedía de limosna para la lámpara del Santísimo, pero había conventos, sobre todo de religiosas que no podían tenerlo. Y él con el permiso del Superior lo compartía especialmente con los conventos de clausura. La Madre abadesa de cierto monasterio de clausura decía: *Siempre que nos visitaba nos dejaba algo de la limosna que llevaba*. Un día llegó al torno de un convento de Clarisas y les dejó una buena cantidad de nueces. Dijo: *Madre, aquí le dejo estas nueces. Son del nogal de nuestro padre San Francisco* ³⁷.

Como limosnero pedía por amor de Dios y repetía: *Bendito sea el nombre de Dios. Que Dios los bendiga. Alabado sea Dios*.

Cuando tenía tiempo para estar en alguna iglesia ante el sagrario o en la iglesia de la comunidad, se quedaba como extasiado ante Jesús Eucaristía. Cuando alguien le decía: Fray Leopoldo, recé por mí, le respondía: Ahora mismo comenzaba a rezar con el las tres avemarías de costumbre.

³⁵ Ib. p. 68.

³⁶ Ib. p. 176.

³⁷ *Mendigo por Dios*, p. 151.

Si alguien lo iba a visitar a su convento, lo encontraba normalmente con el rosario en la mano y le decía que estaba rezando por los bienhechores. También rezaba mucho por las almas del purgatorio.

Había personas que lo estimaban mucho y le decían que era un santo. Esto le molestaba y les decía: *Santo no soy, no me conocen. De santo solo tengo el hábito.*

SU MUERTE

Su oficio de limosnero no lo quería dejar por más viejo que estaba y los Superiores se lo permitían por el gran bien que hacía a la gente que lo buscaba para pedirle oraciones y le daba buenas limosnas para la comunidad. Pero, cuando ya tenía unos 87 años, tres años antes de su muerte, subió a una casa y se cayó por las escaleras y se rompió el fémur. Un señor desconocido lo recogió y lo llevó en taxi al convento. Y él decía: *No sé cómo fue. Yo estaba bien y de improviso sentí un empujón de alguien que me derribó. Volví la cara y no había nadie. Me temo que fue cosa del demonio.* Por su edad y por las hernias que tenía, no lo enyesaron. El fémur se soldó muy bien, pero al revisarlo en el hospital, descubrieron que tenía también prolapso del recto. Cuando lo curaba el hermano enfermero de la comunidad, sufría más por la modestia que por los dolores en sí. En esos tres años últimos de su vida en que dejó de ser limosnero y no pudo hacer trabajos físicos, se dedicó especialmente a la oración, pasándose muchas horas en la capilla ante Jesús sacramentado. Él era un amigo de verdad de Jesús Eucaristía.

Por disposición del médico, un hermano enfermero, usando guantes, debía ponerle el recto en su sitio, pues se le salía por el prolapso y también debía ponerle sonda por la retención de orina. Él decía: *Estoy como Jesucristo, que estuvo desnudo en la cruz.* También tenía hipertrofia de próstata y mala vista.

El Superior nombró a dos hermanos legos jóvenes, fray Jesús y fray Isidro, como limosneros. El primer día que salieron a pedir, los insultaron y tomaron el primer tranvía y se regresaron a casa. El siervo de Dios les preguntó: *¿Por qué vuelven tan pronto?* Ellos le respondieron que los habían insultado, y él les manifestó: *Eso no es nada. A mí me apedreaban. ¿Y qué hacía usted? Yo comenzaba a pasar las cuentas del rosario y, si llegaban las piedras muy cerca, me ponía de rodillas con los brazos en cruz en medio de la calle* ³⁸. Y les aconsejó que por la calle fueran con los ojos bajos y en oración.

³⁸ *Beatificationis et cannizationis*, p. 55.

Un día, cuando era un ancianito de casi 90 años, estaba grave y pensó que iba a morir, pero se recuperó y decía a los que le visitaban: *Esta vez he perdido el tren*, queriendo decir que había perdido la oportunidad de ir al cielo.

El padre Gerardo Caballero, capuchino, anota: En la última enfermedad fray Leopoldo tenía algunas convulsiones, pero le echábamos agua bendita y se calmaba (parece que era cosa de tentaciones del maligno). Además algún día en las últimas semanas amanecía caído en el suelo de su celda ³⁹.

Tres días antes de su muerte se agravó su estado y acordaron trasladarlo a una nueva habitación más soleada. Le pusieron una cama mejor y él decía que era mucho lujo para él. Ya pensaba en la muerte y estaba más contento que unas castañuelas de poder irse al encuentro del Padre Dios. Murió el 9 de febrero de 1956 a las 1,45 de la madrugada.

El padre Manuel de Pedrera nos dice: *Yo le administré la unción de los enfermos y el Viatico. Cuando murió, me senté varias veces en el confesonario y hubo gente que hada muchísimos años que no se confesaba y muchos decían que lo hacían impresionados por la muerte del siervo de Dios* ⁴⁰.

Y anota el padre Manuel de Pedrera: *Yo mismo comuniqué a los periódicos locales, como a las tres de la mañana, la triste noticia de la muerte de fray Leopoldo. En aquel momento no se dieron cuenta del religioso de que se trataba, pero casi al momento, preguntaron por teléfono si, en efecto, se trataba de fray Leopoldo. Y dijeron que publicarían una nota necrológica de él. En efecto, lo publicaron esa misma mañana.*

Desde que se supo en la ciudad la noticia, desde muy temprano, comenzó a acudir mucha gente al convento de PP. Capuchinos para hacer oración y desfilan ante el cadáver.

El cadáver estuvo de cuerpo presente todo el día nueve, y el día diez hasta la hora del entierro. Desfilaron ante el cadáver innumerables personas de todas las clases sociales, porque comenzó a correr el rumor por la ciudad de que en los capuchinos había muerto un santo. Así se vieron allí, no solamente innumerables personas piadosas, sino gentes que se veía que no tenían costumbre de asistir a la iglesia. Con gran devoción rezaban ante el cadáver, y desfilaban ante él. Hubo aquel día numerosas personas que se confesaron, con confesiones de hasta cuarenta o cincuenta años que no habían confesado. Y

³⁹ Ib. p. 375.

⁴⁰ Ib. p. 417.

decían que, al ver el cadáver de fray Leopoldo, habían sentido tal conmoción interior, que habían decidido confesarse.

Recuerdo que dos niños se pusieron muy devotamente a hacer oración ante el féretro. Cuando salieron de la iglesia, llamaron a sus amigos: “Venid, venid, es un muerto que no da miedo”. Se llenó aquello de niños, que hacían oración y tocaban y besaban llenos de admiración el cadáver.

Estando lleno el coro bajo de gente y casi llena la iglesia, un sacerdote, que estuvo orando a la mano derecha del féretro, vi que se levantó y habló muy emocionadamente a cuantos estaban allí, ensalzando las virtudes de fray Leopoldo.

Cuando los fieles desfilaban ante el cadáver, que estaba de cuerpo presente, todos decían que era un santo. Era la palabra que estaba en boca de todos y con sus obras lo demostraban por su afán en llevarse reliquias. Siete veces se tuvo que cambiar el cordón porque se lo cortaban continuamente a pedazos. También le cortaban pelos de la barba y pedazos de hábito a pesar de los esfuerzos de los religiosos que estaban al cuidado del cadáver. También llegaron a quitarle trozos de rosario, cortándolos con unas tijeras. También tocaban al cadáver rosarios, estampas, y medallas para guardarlos como reliquias ⁴¹.

Fue enterrado en el cementerio de Granada donde los capuchinos tenían un pequeño terreno para los entierros de sus religiosos. Después de dos años fue trasladado a la cripta de la antigua iglesia. Y ahora está en la cripta de la nueva iglesia, donde lo visita mucha gente, especialmente los nueve de cada mes.

El padre Damián de la Rambla declaró que, al abrir su sepulcro en el cementerio de Granada para trasladarlo a la cripta, vio que el siervo de Dios estaba intacto. Y anota: *Después supe que posteriormente se deshizo, pero entonces estaba intacto. Las manos blancas, no el hueso. No hizo falta abrir las bolsas que los sanitarios llevaban para evitar los malos olores ⁴²*. El mismo padre Damián manifestó que un niño de dos años se perdió en la playa de San Juan de Alicante. Incluso vieron el flotador del niño aparte y luego el niño apareció. Pasado un tiempo, el niño vio una estampa del siervo de Dios y repetía: *Este es el hombre de la playa ⁴³*.

⁴¹ Ramírez Alfonso, *Beato Leopoldo de Alpandere*, 2010, pp. 250-251.

⁴² *Beatificationis et cannizationis*, p. 55.

⁴³ *Ib.* p. 336.

El capuchino fray Rafael Guerrero nos cuenta que un día bajó a la cripta donde está el cuerpo de fray Leopoldo y en ese momento una señora se cayó por las escaleras y se rompió una pierna. Él dijo para sí: *¿Cómo es posible que eso pase delante de su sepulcro?* De todos modos llamó a una ambulancia y se la llevaron al hospital. Al mes siguiente una prima de señora le dijo que la que se había caído estaba muy arrepentida, porque había ido a pedir a fray Leopoldo la muerte de la esposa legítima de su pareja con quien vivía malamente ⁴⁴.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Después que murió llamaron por teléfono, preguntando por el siervo de Dios. Respondió el padre Tomás que ya había muerto, y le contestó un padre de familia que le informó que su hija estaba muda y el siervo de Dios le había anunciado que su hija hablaría, cuando él dejara de hablar. Y ahora lo había comprendido, ya que su hija, al morir él, había comenzado a hablar ⁴⁵.

La señora Leonarda Garrido, casada con un sobrino del siervo de Dios, refiere: *Mi hijo perdió el habla. Mi esposo me consolaba, diciéndome que estuviera tranquila. Un día encendí tres velas: una a la Virgen del Carmen, otra a la Virgen de Fátima y la otra a fray Leopoldo, en el que teníamos mucha confianza por ser parte de la familia. Los médicos decidieron operar a mi hijo de la garganta. El médico que le iba a operar nos dijo que, si le operaba, podía quedarse en la operación o al menos quedar con las cuerdas vocales paralizadas y sin poder hablar. La operación fue un éxito y mi hijo quedó curado del todo. Lo atribuimos a la intercesión de fray Leopoldo* ⁴⁶.

La señora María Luz Borrego nos cuenta que su hijo David tenía tres meses y su hija María Luz enfermó de rubeola. El médico que vino a verla me mandó hacer análisis y se detectó que yo estaba embarazada y tenía rubeola. El médico me aseguró que mi hijo nacería ciego, sordo o enfermo del corazón. Me aconsejaron el aborto. Uno de los médicos consultados me amenazó diciendo: *Te vas a exponer a ser una desgraciada toda la vida, tú no sabes lo que es tener un hijo así. Por fin nació mi hijo, yo estaba resignada a recibirlo, aunque fuera sordomudo, pero nació totalmente sano. Ahora, mi hijo Alejandro, el que nació, es inteligentísimo, muy bueno y para nosotros es como un ángel. Lo considero un milagro del siervo de Dios a quien le hicimos una novena en el mes 7 de embarazo* ⁴⁷.

⁴⁴ Ib. pp. 329-330

⁴⁵ Ib. pp. 417-418.

⁴⁶ Ib. p. 381.

⁴⁷ Ib. pp. 387-388.

La señora María Ortiz refiere: *Mi hijo Luis Javier nació en abril de 1961 y a los tres meses se enfermó gravemente y tenía vómitos y diarrea. Se le complicó todo con intestinos y corazón. Lo médicos Federico Lara y García Royo lo desahuciaron. Una cuñada mía le puso bajo la almohada del niño una estampa de fray Leopoldo y el niño empezó a dar gritos de hambre. Se le cortó la diarrea y los vómitos y quedó totalmente sano, ante la sorpresa increíble de los doctores⁴⁸.*

María del Carmen Martínez declaró: *Soy hermana del niño de siete años José Antonio Martínez. Entre el 9 y 10 de agosto de 1964 a las cuatro de la mañana, al darle a mi padre un ataque de locura, cogió al niño por los pies y le golpeó por dos veces la cabeza contra el suelo, produciéndole gravísimas lesiones. Lo llevamos al hospital clínico y tuve que declarar en la Comisaría. Como en el hospital dijeron que no había nada que hacer, lo llevamos a la Residencia sanitaria Ruiz de Alda, donde le hicieron una radiografía y vieron que tenía hundida la bóveda del cráneo. Determinaron dejarle sin intervenir 24 horas, pero decían que no tenía remedio. Después, viendo que se moría de todas formas y con la firma de un documento para operarlo bajo mi responsabilidad, le operaron durante tres horas. Mi tía Trinidad me pidió que rezáramos tres avemarías como hacía fray Leopoldo y le pusimos bajo la almohada del niño una estampa del siervo de Dios. El niño estuvo dos días sin conocimiento. Le habían hecho una abertura en el cuello para alimentarlo sin que tuviera que mover la cabeza. También tenía los dientes destrozados y se le cayeron con carne incluida. A los tres días de la operación, el niño ya conocía y a los 20 días le dieron de alta. En la operación hubo como 11 médicos y algunas enfermeras. Todos sin excepción creyeron que fue un milagro la salvación del niño⁴⁹.*

Mercedes Pérez manifestó que era la madre del joven Sebastián Castillo que, al declarar, tenía 23 años. *Por una caída o por un golpe en el colegio se enfermó de la pierna derecha con osteomielitis. Tenía fiebre y lo trataban con antibióticos, pero no mejoraba y tenía fuertes dolores. Poco a poco se inflamaba más la pierna y los dolores aumentaban. El doctor Luis Morell dijo que tenía un tumor en el hueso. Algunos médicos aconsejaron cortarle la pierna. El día que iban a operarlo, encontré a la amiga Concha Pérez quien me dio una estampa de fray Leopoldo y me dijo que se la pusiera a Sebastián rezando tres avemarías como hacia el siervo de Dios. Yo le puse la estampa en la pierna enferma y los dos rezamos las tres avemarías. Esto fue un poco antes del mediodía. A la una, le había bajado algo la fiebre. Poco a poco fue mejorando y*

⁴⁸ Ib. p. 235.

⁴⁹ Ib. pp. 240-241

*desapareció la infección y, por supuesto, no necesitaron operarlo para cortarle la pierna. El doctor aceptó que era un verdadero milagro*⁵⁰.

El médico Emilio Durán refiere: Conocí al niño Manuel Espino de unos 10 a 12 años, que traté en 1960 de meningitis tuberculosa y un día llegó a la fase final con convulsiones, estado de colapso y coma. El tratamiento resultó ineficaz. Horas más tarde, ante mi sorpresa, me avisaron que el niño había mejorado satisfactoriamente. Tuvo varios meses de recuperación hasta la completa normalidad, pero su mejoría fue inexplicable y mi impresión personal es que puede tratarse de un milagro por intercesión de fray Leopoldo.

Benahadux (Almería). Soy madre de cuatro hijos y muy devota de fray Leopoldo. El pasado día 29 de octubre, cuando fui a llamar al menor de los hijos (tiene catorce años), para que se marchase al Instituto donde cursa sus estudios, noté que tenía fiebre. De momento, le di medicamentos para bajarla pero, aquella, no cedía. Vi que se empeoraba por momentos y alarmada lo llevé a Urgencia. Al hacerle el médico el reconocimiento, me dijo que el chico estaba muy mal y que tal vez fuese algo de meningitis, por lo que de inmediato, lo ingresaron. Me dejaron estar con él y, a medida que pasaban las horas, mi hijo empeoraba cada vez más. Avisado el médico de guardia, lo reconoce y me dice: “Lo siento mucho, pero solo podemos hacer por él rezar”. Inmediatamente fue ingresado en cuidados intensivos en estado de coma y sin esperanza de salvación. En estas circunstancias, como podrán comprender, llena de angustias me fui a la capilla y le dije al padre capellán que, por favor, le llevase a mi hijo los últimos sacramentos y le diese la Extrema Unción, confirmando también el capellán el estado de gravedad en que se encontraba. Como antes he dicho, soy muy devota de fray Leopoldo y llevo su estampa en la cartera. Viendo que no quedaba otra cosa que encomendarlo y pedir por él, recurrí al Señor con fe y confianza, poniendo como intercesor a su siervo fray Leopoldo al que le empecé la novena, implorando con lágrimas en los ojos, que salvara a mi hijo. Prometí llevarlo ante su tumba en Granada e insistí en la oración. Esto ocurría el día 30 de octubre.

Al día siguiente, 31, sin darle crédito los médicos de cuanto veían, ocurrió que, empezó a hablar y a preguntar por sus hermanos, por su padre y por mí. Ese mismo día y, al ver el cambio tan radical, lo trasladan de cuidados intensivos a una habitación o sala del hospital, dejándonos sorprendidos al ver cómo mejoraba, tan rápido que, incluso empezó a gastarnos bromas a todos. Nos confesó que, alguien, mientras estaba en sueños, con la gravedad del estado de coma, estaba por allí. A los ocho días fue dado de alta, completamente restablecido y con el asombro de los médicos, que no llegan a explicarse tal

⁵⁰ Ib. pp. 243-245.

cambio. Hoy se encuentra haciendo su vida normal, como si no hubiese tenido absolutamente nada. Deseo dar testimonio de lo ocurrido y agradecer a Dios, a la Santísima Virgen y a fray Leopoldo, el que pueda contar con él sano y salvo. —Encarnación Cirre Hernández⁵¹.

Ciudad Real. Soy enfermera. Estando una noche de guardia, a las diez, operaban a doña Cirila Izquierdo, de treinta y seis años. Al rato comenzó a sangrar y la tuvieron que reoperar; seguía sangrando y la enferma estaba muy mal. A las tres se agravó, llamé a los médicos y se le hizo una transfusión como último recurso. Llamé al sacerdote, porque si no podía confesar, podría al menos hacer un acto de arrepentimiento, ya que no se podía hablar. Yo, en ese momento, le pedía a fray Leopoldo de todo corazón por esta madre que tenía seis hijitos. Al terminar el sacerdote, pasé a la habitación, me cogió la mano y con lágrimas en los ojos me dijo: “Señorita, qué bien estoy”. Se le notó un cambio muy bueno; mis ojos rebosaban de emoción, pensando que no le pasaría nada. Para mí es un milagro de fray Leopoldo. Prometí publicarlo; por favor, no dejen de hacerlo, ya que esta señora está curada y hace vida normal. —Alicia García⁵².

Jerez de la Frontera (Cádiz). Teníamos a mi hermana, de veintiún años de edad, desde el día anterior, con fiebre, pero todos creíamos que era un catarro y le medicamos con arreglo a esto. A la mañana siguiente, cerca de las nueve, tomó las gotas para el corazón y al momento empezó a decir unas cosas rarísimas y no la podíamos mover. Fui corriendo a llamar al médico. A las nueve y media, ya en casa, nos dijo que estaba en estado de coma. Corriendo fueron por dos médicos más y los tres estuvieron más de hora y media con ella. Para moverla fue horroroso. Entre cinco hombres tuvieron que doblarla para sacarle líquido de la espina dorsal; estaba completamente rígida.

Cuando salieron todos quedó la cama contigua llena de cajas vacías de los medicamentos que le habían puesto. El diagnóstico fue: meningitis y obstrucción de venas. Le corría la sangre a tanta velocidad que se le estaba haciendo agua; tenía todo el cuerpo con manchas rojas como si fueran arañazos. Los médicos dijeron que la única esperanza la ponían sólo en Dios, pues ellos habían hecho todo lo que estaba de su parte. Hasta las doce de la noche estuvo en coma a pesar de que le pusieron veinticuatro inyecciones.

En el primer momento de verla tan grave empezamos la novena a fray Leopoldo y a la Milagrosa. Ella también la hizo cuando estuvo mejor y en doce

⁵¹ *Mendigo por Dios*, pp. 328-329.

⁵² *Ib.* p. 286.

*días le dieron el alta. Esto es un milagro, pues de esta dolencia todos mueren en el día. Hoy está completamente curada. — Pilar Monsánchez*⁵³.

El hermano Leopoldo fue beatificado el 12 de septiembre de 2010

⁵³ *Mendigo por Dios*, p. 291.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído el presente informe sobre la vida del beato Leopoldo, podemos decir que su vida fue toda de Dios, especialmente desde que ingresó en el convento a los 35 años. Por supuesto que no se hizo santo de un día para otro. Cuando ingresó al monasterio, ya llevaba muchos kilómetros recorridos en el camino de la santidad y solo le faltaba mejores oportunidades para crecer espiritualmente. El tener a Jesús Eucaristía en la misma casa y dormir bajo el mismo techo, fue uno de sus principales medios de santificación, ya que por las noches solía quedarse mucho tiempo en el coro, mientras los demás descansaban. Durante sus correrías por las calles y pueblos de Andalucía, iba siempre en oración, dando buen ejemplo y consolando a todos los que se encontraba en su camino.

A veces lo insultaban, sobre todo en tiempos de la República, incluso lo apedreaban, pero él estaba dispuesto en todo momento a dar su vida por amor a Dios. Por eso, le disgustó cuando el Superior le obligó a pedir limosna para la comunidad en traje de paisano y sin barba, para evitar problemas con los enemigos de la religión. Él hubiera preferido dar testimonio de su fe y de su condición religiosa hasta con el derramamiento de su sangre. Pero para él lo primero era obedecer y muchas veces tuvo que hacerlo, aunque no estaba de acuerdo, por ejemplo en tomar medicinas caras o en dejarse curar su prolapso del recto o, cuando le ponían una sonda para orinar. Y decía: *Como nuestro Señor Jesucristo, desnudo en la cruz.*

Su amor a la Virgen María era muy grande y rezaba el rosario varias veces al día. También tenía mucha devoción a san Francisco, san José, san Juan bautista (su nombre era Francisco Tomás de San Juan Bautista) y también al santo capuchino san Félix de Cantalicio y a otros santos de su Orden.

Ojala que la lectura de este librito haya sido positiva para su alma, querido lector. Vivamos en nuestra vida el dogma de la comunión de los santos, sin olvidar que tenemos siempre una madre a nuestro lado: la Virgen María; y un ángel bueno, que siempre nos acompaña: nuestro ángel custodio.

Que Dios los bendiga por medio de María.

Tu hermano y amigo para siempre.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&
Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- 50 aniversario de la muerte de fray Leopoldo de Alpanseire*, Ed. Centro de propaganda, 2006.
- Beatificationis et canonizationis servi Dei Leopoldi ab Alpanseire*, Super dubio, 1988.
- Causa de beatificación y canonización del siervo de Dios fray Leopoldo de Alpanseire*, 1961.
- El siervo de Dios fray Leopoldo de Alpanseire*, Hermanos capuchinos, 1965.
- Fray Ángel de León, *Mendigo por Dios*, Ed. Vicepostulación de capuchinos, 1986.
- Frías José Manuel, *Fray Leopoldo de Alpanseire*, 2018.
- Frías José Manuel, *Tras las huellas de fray Leopoldo*, Jábara Ed, 2013.
- Laborde Agustín, *Testigo de paz*, Granada, 1990.
- Martínez Francisco, *Carta pastoral del arzobispo de Granada con motivo de la beatificación de fray Leopoldo de Alpanseire*, 2010.
- Patxi, *Fray Leopoldo de Alpanseire*, 2010.
- Ramírez Peralbo Alfonso, *Beato Leopoldo de Alpanseire, El gemido de un pobre evangélico*, Edipesa, Madrid, 2010.
- Ros Carlos, *Vida de fray Leopoldo de Alpanseire*, Ed. S. Pablo, 1996.

&&&&&&&&&&&